

## MARCO FABIO QUINTILIANO: LA EDUCACIÓN DEL CIUDADANO ROMANO

Guillermo Soriano Sancha  
*Universidad de La Rioja*

**RESUMEN:** Este artículo pretende mostrar algunas de las ideas educativas de Quintiliano, partiendo para su comprensión desde el contexto histórico en que se plantearon: el último tercio del siglo I d.C., con la llegada al poder de la dinastía Flavia. Los objetivos del maestro hispano y la voluntad imperial coincidieron en muchos aspectos, constituyéndose su sistema como perfecto ejemplo de educación al servicio de un ideal político. Pero la pedagogía de Quintiliano no es sólo esto, sino también y sobre todo, la aspiración de alcanzar el bien común mediante la plena formación “humanística” y moral del ciudadano romano.

**Palabras claves:** Quintiliano, emperadores Flavios, educación, estado, elocuencia, moral, política, humanitas.

**ABSTRACT:** This article tries to show some of Quintilian’s educational ideas, starting for it’s better comprehension from the historical context in which they appeared: the last third of the first century A.D., with the arrival to government of the Flavian dynasty. The aims of the Hispanic teacher and the imperial will were similar in many aspects; his system is a perfect example of education inspired by political ideals. But Quintilian’s pedagogy is not only this, but also and especially, the aspiration to reach the common good by means of the full “humanistic” and moral formation of the Roman citizen.

**Key words:** Quintilian, Flavian emperors, education, state, eloquence, moral, politics, humanitas.

### INTRODUCCIÓN

Desde el momento de su publicación, hace ya veinte siglos, la *Institutio Oratoria* de Quintiliano ha sido objeto de numerosos estudios e investigaciones. Como ventana privilegiada a su época<sup>1</sup>, la obra nos permite conocer multitud de aspectos de la Roma contemporánea. Por tanto, cuantos se dedican a las letras: historiadores, filólogos, literatos, filósofos, profesionales de la educación o del derecho, etc., pueden encontrar en ella contenidos interesantes. Por esta razón, las múltiples facetas de la

---

1. Así la califica Fernández López, J. 2007: 320.

obra han recibido a lo largo de los siglos un análisis variado y multidisciplinar, que ha resultado muy positivo para el desarrollo de los estudios sobre Quintiliano<sup>2</sup>.

Es de esperar que en el futuro continúe el avance desde la pluridisciplinaridad o amalgama<sup>3</sup> de las distintas ciencias sociales para que, partiendo de las más diversas perspectivas, pueda extraerse en beneficio de todos la riqueza del pensamiento de este maestro de la antigüedad.

Dentro de los estudios sobre Quintiliano, los aspectos educativos constituyen uno de los campos bibliográficos más exhaustivos. El orador de Calagurris es protagonista indispensable de los manuales dedicados a la educación en la antigüedad<sup>4</sup>, así como de numerosos artículos y monografías dedicados exclusivamente a contenidos relacionados con su concepción de la educación<sup>5</sup>. Entre tanta bibliografía de calidad, lo que pretende este artículo es profundizar en un aspecto fundamental de su pedagogía: su funcionalidad práctica y ética en el contexto histórico y cultural en que se desarrolló.

El título escogido: “la educación del ciudadano romano” quizá pudiera sustituirse por el de “la educación del ciudadano flavio”, pues veremos que su proyecto tiene muchos puntos en común con la dinastía Flavia; pero seguramente el elegido sea más representativo, porque el trabajo de Quintiliano está diseñado para sobrepasar su propia época y los condicionantes socio-políticos particulares en que fue concebido. Tan cierto ha resultado ser esto que diversos especialistas consideran aplicables sus principios pedagógicos incluso en la actualidad<sup>6</sup>. Por todo ello, en nuestros días, se considera que el calagurritano fue el auténtico “maestro de Roma”<sup>7</sup>.

## EL CONTEXTO HISTÓRICO DE QUINTILIANO

Debemos situarnos en la segunda mitad del siglo I d.C. Para acercarnos a la época contamos con los testimonios de autores como Suetonio, Dión Casio, Tácito o Plinio el Joven, aunque fueron historiógrafos de la época de Nerón como Fabio Rústico, Cluvio Rufo y Plinio el Viejo quienes sirvieron de base a estos historiadores posteriores<sup>8</sup>.

---

2. Uno de los más notorios ejemplos de la variedad de enfoques y especialistas que abordan hoy la tarea investigadora sobre Quintiliano y su obra fue la celebración de un congreso internacional de expertos en Quintiliano cuyas actas constituyen una referencia esencial para cualquier estudioso del maestro hispano, *vid. Quintiliano: historia y actualidad de la retórica: XIX Centenario de la Institutio Oratoria*, Calahorra, 1995.

3. Algunas nociones sobre estos conceptos y sobre la colaboración entre las ciencias humanas en Giménez G., 2004.

4. El lector interesado en ampliar sus conocimientos sobre el proyecto educativo de Quintiliano y la relación que guarda con su época encontrará información muy interesante en Bonner S.F., 1984.

5. Sobre las ideas pedagógicas de Quintiliano, pueden consultarse las referencias en la bibliografía final de Smail, W.M., 1938; Fritz, K. Von., 1949; Bianca, G., 1963; Alfieri, V.A., 1964; Montero Herrero, S., 1980; Capitán Díaz, A., 1991 y Delgado, B., 1993.

6. Por ejemplo, Delgado, B., 1993: 124: “*Sorprende hallar en una misma obra aspectos que hoy día están dispersos en multitud de obras y que siguen siendo válidos para la educación del siglo XXI*”. Por tanto, “*No es exagerado decir que Quintiliano es el mayor pedagogo de la antigüedad y quizá el que más ha influido en el desarrollo de la pedagogía posterior*”. Y Capitán Díaz, A., 1991: 42: “los rasgos de su pedagogía le confieren validez para todo tiempo”.

7. Espinosa, U., 1984: 168.

8. Fernández Uriel, P./ Palop, L., 2000: 13.

Suetonio ofrece una visión muy negativa, catastrófica, del reinado del último de los Julio-Claudios, aunque la historiografía actual no comparte plenamente esta tradición y sigue en proceso de revisar su figura<sup>9</sup>. En cualquier caso, la opinión mayoritaria de los especialistas es que durante el gobierno de Nerón se acrecentaron los problemas ya existentes en el Imperio y se produjo un deterioro de la situación general. Su muerte provocó una crisis que condujo a las guerras civiles de los años 68 y 69 d.C. en las que tres candidatos: Galba, Otón y Vitelio, se disputaron el trono con el apoyo de distintas fuerzas políticas y militares. Tras un año de contienda, ninguno de ellos logró consolidar definitivamente su poder y finalmente fue el general Vespasiano quien se erigió en vencedor del conflicto<sup>10</sup>. Una vez alcanzado el poder, pronto se observó que entre los objetivos del nuevo gobernante se hallaba el deseo de ser iniciador de una dinastía continuada por sus dos hijos varones. Por ello, desde un principio, como señalan las fuentes clásicas, Vespasiano y Tito formaron un conjunto unificado<sup>11</sup>.

## EL REGENERACIONISMO FLAVIO

Con esta denominación nos podemos referir a la importante serie de medidas que los gobernantes Flavios pretendieron desarrollar para superar la crisis del periodo anterior. La situación inicial era complicada, porque tras un año con cuatro emperadores, y como resultado de las contiendas civiles, el Senado y el orden ecuestre se hallaron privados de autoridad y decrecido su número; la aristocracia anterior, débil y diezmada<sup>12</sup>.

Como contrapunto, con el ascenso al trono de Vespasiano, apareció una nueva elite de la que él mismo era prototipo; una nueva nobleza poseedora de cualidades como la honestidad, laboriosidad y lealtad alcanzó una importancia fundamental en el Imperio<sup>13</sup>. Sin embargo, los presupuestos ideológicos de esta naciente sociedad flavia chocaron a menudo con la pasividad de una ciudadanía aletargada, sin preocupaciones mayores que el circo y el teatro. Acabada la guerra civil, Roma había conocido de nuevo la paz y la prosperidad, por lo que muchos de los ciudadanos privilegiados y ociosos se dedicaban a la vida placentera, sin albergar ningún sentimiento de responsabilidad social<sup>14</sup>. En una atmósfera general de prosperidad, pocos tenían interés por la cultura, y el afán por el lucro, el despilfarrero, la ostentación y los entretenimientos circenses concentraban las atenciones de la gente adinerada<sup>15</sup>.

9. Como ejemplo de los recientes estudios sobre el reinado de Nerón pueden verse: Fernández Uriel, P./ Palop, L., 2000; Champlin, E., 2006.

10. Sobre los conflictos del año 69, *vid.*, Suet., *Galba., Vit., Otho*; D.C. LXII-LXIV. Entre la bibliografía moderna puede consultarse Murison, Ch., 1993.

11. D. C., LXV, 1; Suet., *Vesp.* 25.

12. Suet., *Vesp.* 9; Tac., *Ann.* III, 55. La bibliografía actual da crédito de sus declaraciones, *vid.* Lomas, J., 1990: 45 y Levick, B., 1999: 170.

13. Lomas, J., 1990: 45.

14. Lomas, J., 1990: 68.

15. Bonner, S.F., 1984: 135.

En estas circunstancias, conceptos como austeridad y laboriosidad llegaron a ser calificados con el epíteto *antiqua* (pasado de moda)<sup>16</sup>. Pero a pesar de las circunstancias adversas, o quizá reforzadas por ellas, seguía existiendo un tipo de personas apegadas a la tradición y al secular y pragmático carácter romano. Por ello Tácito describía una Italia aún austera y tenaz, de costumbres antiguas<sup>17</sup> y definió al emperador Vespasiano como ejemplo destacado del estilo antiguo<sup>18</sup>.

Dicho esto, hay que recordar el prestigio que se le concedía a la antigüedad en el mundo romano. El *mos maiorum* era para muchos un modelo político y vital. ¿Pero qué es lo que se entendía entonces por antiguo o antigüedad? El propio Cicerón lo aclara en la defensa de Publio Sestio, cuando proclama que la *gravitas*, junto con la *magnitudo animi* (grandeza de ánimo), y la *integritas* son virtudes características del pueblo romano<sup>19</sup>. Podemos interpretar *gravitas* como la voz castellana «gravedad» tomada en su acepción moral. La RAE atribuye al término los siguientes sinónimos: seriedad, decoro, circunspección y compostura, que son precisamente los antiguos valores del pueblo romano que la nueva dinastía trató de restaurar. Así, tras el terror y desorden que generaron las guerras civiles, la gravedad de ánimo, la austeridad y la moderación se convirtieron en las señas de identidad de la Roma Flavia. Mediante la recuperación de estas virtudes se trató de recuperar la grandeza de los tiempos pasados, y para ello, los romanos modernos debían asemejarse a los antiguos. Para llevar a cabo este ideal, Vespasiano encomendó a maestros como Quintiliano la formación de las futuras clases dirigentes del Imperio.

El persistente conflicto durante los breves e inestables reinados de Galba y Otón había afectado al desarrollo de la actividad intelectual, por lo que el comienzo de la nueva dinastía en el año 69 d.C. supone asimismo el inicio de un ascenso cultural. Apenas un año antes, cuando Quintiliano llegó a Roma, la situación política era caótica y peligrosa. Como puede leerse en Suetonio, las condiciones eran especialmente negativas para la práctica legal de la actividad jurídica<sup>20</sup>. En un escenario tan complicado, Quintiliano debió conseguir una excelente reputación para que Vespasiano le señalara como primer profesor de retórica latina en recibir un salario pagado con el presupuesto del estado<sup>21</sup>. Debemos entender este nombramiento desde la perspectiva del emperador, quien comprendía que para llevar a cabo sus proyectos era necesario preparar adecuadamente a la juventud, capacitarla para que asumiera cargos de responsabilidad en el Imperio. Por ello el estado invirtió con fuerza en la educación<sup>22</sup>.

Ya se ha mencionado que en el ámbito político, el orden senatorial sufrió un profundo cambio con la inclusión de individuos procedentes de los municipios y colonias de Italia y de las provincias, principalmente de la parte occidental del Imperio<sup>23</sup>.

16. Bonner, S.F., 1984: 136.

17. Tac., *Ann.*, XVI, 5, 1.

18. Suet., *Vesp.* 2; Tac., *Ann.* III, 55, 4.

19. Cic., *Pro Sestio*, 28.

20. Suet., *Vesp.* 10.

21. Suet., *Vesp.* 18; D. C., LXV.12.1.

22. Lomas, J., 1990: 73, destaca la excepcional importancia que adquirió la educación para los proyectos políticos de los Flavios.

23. Esto mismo afirman Lomas, J. 1990: 45 y Levick, B., 1999: 170-174. Para observar este fenómeno entre la aristocracia hispana, *vid.*, Caballos, A., 1988.

La nueva clase dirigente no sería solamente una aristocracia de nacimiento, sino de funcionarios comprometidos con el estado. Con el objetivo de mejorar las labores de gobierno, Vespasiano encumbró a los órdenes principales de la sociedad romana a personas capacitadas para cubrir puestos de responsabilidad, tanto en el ámbito militar como en el administrativo<sup>24</sup>. Estos cambios son la prueba de la importancia que adquirió en la época una administración compleja, burocratizada y profesionalizada a la que los emperadores atendieron con sumo cuidado<sup>25</sup>.

La nueva dinastía impulsó la *uirtus* como modelo ideal para el ciudadano. Esta cualidad se adquiere por los *mores* (costumbres) de cada uno, y no por los honores legados por los antepasados. Lo que se resume en el ideal del hombre hecho a sí mismo<sup>26</sup>. Puede tomarse a Quintiliano como ejemplo perfecto de esta nueva clase, puesto que desde orígenes humildes, alcanzó grandes éxitos profesionales y de prestigio. Ambos, el emperador y el maestro, fueron representantes del arquetipo de *ciuis romanus* que se impuso en la época: hombres de orden, metódicos y enérgicos<sup>27</sup>. Fueron, en definitiva, emblemas del restablecido carácter romano tradicional.

Con Vespasiano, *humanitas* y civilización romana se convirtieron en términos semejantes, lo que condujo a un intenso proceso de romanización de las provincias<sup>28</sup>. Tras su muerte, su hijo Tito asumió el poder y durante su breve reinado (79-81 d.C.) siguió las líneas políticas trazadas por su padre<sup>29</sup>. Los siguientes tres lustros (81-96 d.C.) el Imperio quedó en manos del último representante de la dinastía: Domiciano, hijo menor de Vespasiano. Su figura nos ha llegado muy distorsionada a través de las fuentes clásicas, de origen senatorial y opositoras a su gobierno, mientras que la historiografía actual pasa por una etapa de replanteamiento del personaje y su obra en la que no vamos a entrar<sup>30</sup>. Simplemente mencionaremos su política continuista al estilo paterno respecto a la administración del estado<sup>31</sup>.

## QUINTILIANO Y EL REGENERACIONISMO FLAVIO

Marco Fabio Quintiliano fue un orador de origen hispano, nacido en Calagurris hacia el año 35 d.C.<sup>32</sup> En el año 68 viajó a Roma con Galba<sup>33</sup> y se asentó definitivamente en la capital del Imperio. Cabe destacar que en su misma época hubo numerosos hispanos destacados en la vida profesional y administrativa, en las finanzas y el comercio, en la vida política y en el servicio al estado. El caso del calagurritano por

24. Levick, B., 1999: 182.

25. Lomas, J., 1990: 47.

26. Lomas, J., 1990: 45.

27. Lomas, J., 1990: 7.

28. Levick, B., 1999: 142.

29. Lomas, J., 1990: 30.

30. Entre los recientes trabajos que revisan la figura de Domiciano, puede consultarse a Southern, P., 1997, y Jones, B.W., 1992.

31. Lomas, J., 1990: 33.

32. El origen calagurritano de Marco Fabio Quintiliano es algo universalmente aceptado hoy por los especialistas, que dan validez a las referencias de autores como Ausonio, XVI; Jerónimo, *Chron.* 2104; o Próspero de Tiro, p. 513.

33. Jerónimo *Chron. Euseb.* 211, 49; comentarios en Cousin, J., 1975: XI s.

tanto no fue algo excepcional o aislado, sino un ejemplo más del numeroso grupo hispánico que emigró a Roma<sup>34</sup>.

Como ya se ha mencionado, su excelente reputación como maestro y orador movieron al emperador Vespasiano a señalarle como primer profesor de retórica latina en recibir un salario pagado con las arcas públicas. Este hecho es prueba de su excepcional relevancia en el campo intelectual: Quintiliano era el profesor más popular de Roma<sup>35</sup>. Durante el gobierno de Domiciano, su prestigio y éxito profesional siguieron aumentando. Incluso le fue encomendada la educación de dos sobrinos del emperador<sup>36</sup>, de quien obtuvo todo tipo de atenciones oficiales, como la concesión de los *ornamenta consularia* (elevación honorífica a rango consular) hacia los años 92/95. Este cargo no implicaba el ejercicio de una función política, pero sí le confería los más elevados honores del *cursus* senatorial<sup>37</sup>.

En este periplo vital debe explicarse el triunfo de Quintiliano, insertándolo en el marco social y cultural que también se ha definido brevemente, pero sin menospreciar su papel participativo en el propio proceso de cambios de la época: el autor de Calagurris contribuyó decisivamente a transformar la situación intelectual de su tiempo y se convirtió de esta forma en una de las figuras más relevantes del proyecto regeneracionista flavio<sup>38</sup>. Vespasiano realizó un proyecto de regeneración nacional para el que necesitaba el apoyo de una elite activa, emprendedora y bien educada, que creyera en los beneficios de la recuperación de los viejos ideales romanos. Y mientras Vespasiano se ocupaba de regenerar el estado, Quintiliano debía hacer lo propio con la conciencia de la ciudadanía. Su proyecto concordaba perfectamente con el plan del monarca, y su labor educativa era la formulación intelectual de los planteamientos políticos del emperador<sup>39</sup>.

Para valorar en su justa medida la importancia de la actuación de Quintiliano, es necesario tener en cuenta que el conocimiento de la oratoria era una cualidad muy apreciada en Roma, en cuya civilización la retórica constituía el programa cultural básico para la educación integral del ciudadano. Por lo tanto, la formación del orador coincidía esencialmente con la del ciudadano romano ideal. Cicerón ya había señalado la vinculación entre la oratoria y la ciencia civil<sup>40</sup> y actualmente, G. Kennedy destaca la importancia que tuvo la disciplina oratoria durante la República por su evidente aplicabilidad política<sup>41</sup>. En cambio, el nuevo modelo de estado y la consolidación del régimen imperial modificaron las condiciones para su desarrollo, puesto que se redujo la libertad política, ya que como se lee en Tácito, el foro había sido sustituido por el *princeps*<sup>42</sup>.

---

34. Espinosa, U., 1984: 159.

35. Ryan, J.P., 1929: 173.

36. Quint., *Inst. Orat.* (IV pr. 2); Cousin, J., 1975: XXVI.

37. Aus., *Gratiarum actio* 7, 31; comentarios en Cousin, J., 1975: XXVIII.

38. Smail, W.M., 1938: XIX, califica a Quintiliano como "símbolo del programa de reforma social imperial".

39. Espinosa, U., 1984: 167.

40. Cic., *De Inventione* I, V, 6.

41. Kennedy, G., 1994: 115-117.

42. Tac, *Diál.* 5.

No obstante, hay que destacar que aunque quizá la elocuencia no pudiera utilizarse para mostrar oposición al emperador, siguió teniendo su espacio en las numerosas asambleas del Imperio y en casi todos los espacios de la gestión pública. Jean Cousin opina que hay una tendencia a la exageración en los comentarios modernos sobre las restricciones a la libertad de palabra durante el Imperio<sup>43</sup>. Sin duda, en el ámbito político no había las mismas posibilidades que en los tiempos republicanos, pero por ejemplo, en el campo judicial se produjo un importante desarrollo. No hay que olvidar que en el tiempo de Quintiliano existían numerosos manuales de retórica, y gran abundancia de expertos en oratoria, lo que es muestra de que la elocuencia seguía siendo la disciplina más importante de la educación del momento. Como ejemplo de ello, se puede citar a Plinio el Joven (nacido en el año 62 d.C.), quien comenta a propósito de su época juvenil (que coincide con la madurez de Quintiliano) que para los estudios de retórica no había plaza alguna disponible ni siquiera para los jóvenes de las mejores familias, debido a la altísima consideración en que se tenía a este arte<sup>44</sup>. Hay que recordar que el interés de las clases influyentes por la retórica estaba motivado por su utilidad como instrumento práctico para sus aspiraciones políticas. Como ejemplo de ello, suele referirse a Suetonio, quien posiblemente pensando en la elevación social del propio Quintiliano, señalaba los grandes éxitos que podían alcanzarse con el dominio de la elocuencia<sup>45</sup>.

Por lo tanto, es perfectamente comprensible que la enseñanza de la retórica en Roma se orientase fundamentalmente hacia contenidos prácticos, como preparar a los alumnos para la vida pública y la participación en el foro. Muchos jóvenes aspiraban a lograr una carrera provechosa y crecer socialmente mediante sus estudios. También las elites del estado, de las provincias y de las ciudades siguieron necesitando de la técnica retórica para su uso en los diversos espacios públicos en los que tenían que participar y desenvolverse<sup>46</sup>. La elocuencia, entendida como el arte de hablar en público y de atraer al oyente hacia los propios planteamientos, siguió estando muy de actualidad durante el Imperio, y la formación en sus técnicas siguió constituyendo una necesidad para las clases privilegiadas. Por ejemplo, en los debates del Senado, o en el *concilium principis*, el dominio de las situaciones y de las ideas a través de la palabra resultaba imprescindible. Igualmente, en los *concilia provinciarum*, debía utilizarse la elocuencia para los discursos, debates, propuestas y discusiones sobre cuantos asuntos concernían al funcionamiento de una provincia. Para desenvolverse en los senados o curias locales, también sería muy conveniente disponer de habilidades retóricas. Saber dar forma conveniente a las ideas mediante palabras sería también algo imprescindible para un gobernador de provincias que tiene que desenvolverse adecuadamente ante su consejo, o ante cualquier delegación de sus comunidades administradas. Algo parecido le ocurriría a un comandante legionario para sus frecuentes intervenciones ante su *praesidium* o más ocasionalmente ante la tropa, o a los magistrados en el ejercicio de sus fun-

---

43. Cousin, J., 1975: V. 5. p. 5.

44. Plin., *Epist.* 11, 14, 3.

45. Suet., *De Rhet.* 1.

46. Los siguientes párrafos los he redactado siguiendo las indicaciones de Urbano Espinosa, quien amablemente me brindó su consejo para la elaboración de este artículo. Aprovecho esta nota para dar una muestra de mi agradecimiento.

ciones, etc. En un sentido amplio diríamos que la retórica era necesaria para cualquier actor del estado en cualquiera de sus niveles.

Dicho esto, queda claro que identificar a la retórica exclusivamente con asambleas ciudadanas abiertas resulta un excesivo reduccionismo moderno. Por ello, la figura del emperador no representó un grave problema en relación con la necesidad de la retórica en su tiempo; para ella existía un espacio mayor del que pudiera pensarse en principio. Desde nuestra perspectiva actual, puede parecer que el poder del emperador lo ocupara todo, pero en la realidad no fue así: la vida política siguió siendo muy activa, con toda la complejidad que podemos imaginarnos. Aspirar a tener participación en ella, promocionarse y mantenerse era tan habitual como en la actualidad. Por otro lado, en las ciudades, cada año había que elegir magistrados, para lo que se organizaban auténticas campañas electorales y la rivalidad por el acceso a los cargos era enorme. En suma; el emperador era la cúspide jurídica y formal del estado, pero bajo él la realidad política era muy ágil y competitiva. Para desenvolverse en esa competencia extrema, la formación del orador proporcionaba herramientas y habilidades decisivas. De ahí la conciencia de Quintiliano respecto a la necesidad social e histórica de su obra.

Además de todo lo anterior, referido al ámbito político, hay que tener en cuenta que también los tribunales de justicia, en sus diversas instancias, reclamaban a diario las habilidades del orador. El perfil del mismo era pues polivalente: participante en la escena política, aspirante a cargos y magistraturas, abogado ante los tribunales, profesional de la educación, etc. De este modo, ante la gran diversidad de manuales y opiniones sobre la retórica existentes en la época, la obra de Quintiliano se constituyó como un referente de prestigio universal, que denunciaba los errores de otros autores y tratados. Su trabajo sobre la teoría y la práctica de la elocuencia tenía un valor inestimable para todos los individuos que antes se han mencionado, porque representaba la mejor enseñanza que los estudiantes romanos pudieran recibir sobre elocuencia y abogacía<sup>47</sup>.

A esta indudable relevancia práctica de su obra, hay que añadir también su aportación en otra dimensión de la retórica: la que se refiere al valor educativo, formador o modelador del ser humano, que orienta la elocuencia hacia fines no estrictamente utilitarios. En este sentido, Emilio del Río manifiesta que la dificultad histórica del desarrollo de un ideal como el de Quintiliano encierra una paradoja: su enseñanza tiene como objetivo la formación de individuos con una clara orientación ética de servicio a sus semejantes a través del ejercicio de la acción política, pero las condiciones de la época no eran las más adecuadas a este fin<sup>48</sup>. Sin embargo, añade que los alumnos de Quintiliano se contaron entre las personalidades más destacadas de la época: Plinio el Joven, probablemente Juvenal y Tácito, miembros de la familia

---

47. Bonner, S.F., 1984: 376.

48. Del Río, E., 1997: 164-165, se refiere así a que el proyecto de Quintiliano quizá hubiera sido más adecuado para los tiempos republicanos, en los que, sin la figura del emperador, la elocuencia podía desarrollarse con mayor libertad en la acción política. Si bien esto es cierto, en párrafos anteriores hemos visto que incluso en el Imperio, las posibilidades de acción para la retórica también eran muy amplias.

imperial y hemos de suponer que, como dijo Marcial, lo más granado de la juventud romana<sup>49</sup> pasó por sus aulas y formó luego la clase dirigente del Imperio.

Para del Río, la explicación de esta aparente paradoja es sencilla: el éxito de un programa educativo no radica en la formación específica que se le otorgue al alumno para su aplicación inmediata en las circunstancias concretas en que le ha tocado vivir. Al contrario, la formación auténticamente pedagógica, la que forma seres humanos íntegros es la que nunca pierde de vista ideales altruistas, por inalcanzables que sean. Es así como se construye una sociedad mejor<sup>50</sup>. Quizá los planteamientos educativos del maestro flavio pueden parecer a primera vista incoherentes con la situación política de su época, pero al analizarlos con mayor profundidad se revelan como útiles, prácticos y aplicables en su tiempo. Recordemos que el “hombre bueno” de Quintiliano está situado en un momento y lugar muy concretos. Entre sus atributos destacan la responsabilidad, la justicia, la integridad y el sentido del deber. Estas son las virtudes que reivindica el maestro hispano y que resultan estar de máxima actualidad en su momento, al servicio del esfuerzo regeneracionista de los Flavios, que exigía la formación de este tipo de ciudadanos para el desarrollo de sus objetivos políticos. Resulta pues muy difícil negar la existencia de una consonancia entre el proyecto de Quintiliano y las políticas que hoy calificaríamos de culturales de la dinastía Flavia<sup>51</sup>.

En esta línea se expresa P.A. Meador, quien tras hacer un amplio análisis de las nuevas condiciones de la retórica bajo el Imperio, sostiene que la definición del orador como *uir bonus* es una respuesta a los tiempos violentos y de escasa moralidad que vivió el rétor hispano<sup>52</sup>. De la misma opinión es Jean Cousin quien afirma que la *Institución Oratoria* no es un tratado académico: es lo que hoy llamaríamos una obra de actualidad<sup>53</sup>: está escrita por y para su tiempo. Quintiliano fue un buen conocedor de su época y era consciente de que la situación era mejorable. A ello dedicó todos sus esfuerzos, pero también sabía que podía haber tiempos peores, como el del final del reinado de Nerón o la tan reciente guerra civil. Por ello no acepta la idea de que el paso de la República al Imperio hubiera sido perjudicial para las artes, sino que piensa en cambio que ninguna época fue tan propicia como la suya, porque posee los ejemplos del pasado: “*La antigüedad nos ha provisto de tantos maestros, de tantos ejemplos, para que ninguna edad pueda parecer en la hora de su nacimiento más feliz que la nuestra, para cuya enseñanza han trabajado sin descanso los tiempos anteriores*”<sup>54</sup>.

Además de la elevada naturaleza de su ideal ético, Quintiliano estaba absolutamente convencido de que era posible y práctico en su tiempo: “*el orador que yo formo quiero que sea un sabio romano, que muestre ser verdaderamente un hombre de*

49. Marcial, *Epigr.* 2, 80.

50. Del Río, E., 1997: 166.

51. Para una descripción global de la actitud de los emperadores Flavios hacia los intelectuales puede consultarse a D’Elia, S., 1980.

52. Meador, P.A., 1970: 162-169.

53. Cousin, J., 1967: 799.

54. Quintiliano, *Institutio Oratoria* (XII, xi, 22). Otra muestra destacable de las recientes investigaciones sobre la obra de Quintiliano es la edición traducida y comentada de la *Institutio Oratoria* de Ortega Carmona, A., 1997, que se ha convertido en un nuevo referente indispensable para sus lectores en castellano. De ella proviene la traducción de las citas de Quintiliano que van a ir apareciendo a lo largo del trabajo.

*auténtico sentir ciudadano, no en discusiones esotéricas, sino en las experiencias de la vida real y en sus obras*<sup>55</sup>. Pero también es cierto que su ideología, aunque abierta, no podía renunciar a un cierto tradicionalismo, y es posible que contemplase los defectos del gobierno imperial como un mal menor de un sistema en el que creía. El servicio del estado era su mayor objetivo, por lo que el orador debía someter sus intereses personales a la *utilitas communis*. Para entender esta actitud hay que recordar que el reinado de los Flavios estuvo caracterizado por un alto grado de eficiencia administrativa y por el proyecto de reforma moral que pretendía recuperar los antiguos valores del carácter romano. Por lo tanto, el ideal quintiliano del beneficio del estado por encima de otras consideraciones se veía satisfecho con esta política<sup>56</sup>. En efecto, Urbano Espinosa afirma que en el fondo, el mayestático y supremo estado romano es la única realidad autónoma en el universo mental de Quintiliano<sup>57</sup>. De esta forma podemos entender su fidelidad a las instituciones imperiales y a la propia dinastía Flavia<sup>58</sup>. Pero respecto a este tema, conviene hacer una puntualización: el servicio al estado que Quintiliano propone no debe confundirse con un abyecto servilismo hacia los principios establecidos<sup>59</sup>. En cambio, en su propuesta, la máxima prioridad es el bien común y la formación ética del ciudadano. Con estos objetivos, interpretó que la colaboración con el poder imperial era la mejor vía para alcanzarlos.

En definitiva, puede afirmarse que el maestro hispano fue consciente de la realidad de la Roma contemporánea y creyó en la necesidad de la aplicación de su ideal ético. Para él, la retórica seguía siendo *“la más noble de las artes cuya práctica e incluso cuya posesión es una amplia recompensa por todos nuestros trabajos”*<sup>60</sup>. Gracias al aprendizaje de la elocuencia se forma primero y principalmente a la persona que ha de ser luego orador, para que sea capaz de cumplir sus elevadas obligaciones.

Resulta importante mencionar la idea de que la mera posesión del saber retórico resulta útil y necesaria incluso sin posibilidades prácticas para su ejercicio. Este pensamiento refleja la concepción de Quintiliano de la elocuencia como un bien en sí misma, más allá de las contingencias particulares en que se encuentre. Este mensaje podría suponer una valiosa reflexión para la actualidad, si estimamos que ciertos conocimientos, técnicas, o actitudes deberían ser estudiados siempre por su valor formativo y no en función de sus posibles utilidades más o menos prácticas.

## LA HERENCIA CICERONIANA

La historiadora de la educación Azucena Fraboschi mantiene que para comprender plenamente la doctrina de Quintiliano, el estudio previo de Cicerón es imprescindible,

55. Quintiliano, *Institutio Oratoria* (XII, ii, 7).

56. Fernández López, J., 2007: 307-322, trata esta cuestión de manera interesante.

57. Espinosa, U., 1984: 66.

58. Además de motivos de carácter ideológico, la lealtad de Quintiliano hacia los Flavios es comprensible si recordamos los honores y privilegios que de ellos había recibido. En este sentido, Aubrey Gwynn argumentó que Quintiliano debía su fortuna enteramente al Imperio: Gwynn, A., 1964: 180.

59. Fernández López, J., 2007: 320, señala que “la relación de Quintiliano con los Flavios está lejos de ser servil” y añade que no dedicó su obra al emperador y que limita su alabanza a tres pasajes.

60. Quint., *Inst.* (XII, xi, 29).

porque presentó un ideal de vida y de educación (la *humanitas*) que desarrollaría más tarde el maestro flavio<sup>61</sup>. Podemos entender la *humanitas* como un sinónimo de cultura, de cultivo del espíritu, el valor humano por excelencia, a través del cual se alcanza la plenitud personal, que debe ser el objetivo principal de la educación<sup>62</sup>.

En efecto, la doctrina ciceroniana constituye un referente imprescindible para Quintiliano<sup>63</sup>. Una semejanza importante entre ambos autores consiste en que para alcanzar el ideal de excelencia oratoria, desarrollaron un programa de educación que contemplaba la formación intelectual y moral del ciudadano, no sólo con interés particular, sino primera y principalmente, al servicio de la colectividad. El modelo ideal para ambos era el hombre capaz de aunar sabiduría y elocuencia para entregarse al servicio de sus conciudadanos. Por tanto, la influencia de Cicerón en los planteamientos de Quintiliano resulta innegable, y el calagurritano no tiene ningún apuro en reconocerla<sup>64</sup>.

No obstante, a pesar de las abundantes similitudes, también existen numerosas diferencias entre ellos. La más importante es la elevada exigencia moral que reclama Quintiliano en su doctrina del orador perfecto, en la que declara que *“un hombre malo no puede ser el perfecto orador, porque nada es perfecto si existe otra cosa mejor”*<sup>65</sup>. Por tanto, sitúa delante de la maestría técnica en la oratoria una posición ética irreprochable, afirmando que *“ser orador es lo mismo que ser hombre de bien, por lo que lo primero que debe hacer el orador es arreglar sus costumbres con los estudios y ejercitarse en aprender la ciencia de la bondad y la justicia, sin la cual ninguno puede ser hombre de bien ni elocuente”*<sup>66</sup>. El maestro hispano era consciente de la novedad de su propuesta y de la diferencia de su programa educacional con el elaborado por Cicerón<sup>67</sup>.

En resumen, se puede afirmar que ambos autores trataron temas comunes y desarrollaron planteamientos parecidos, pero sería erróneo negar la valía y autenticidad de los principios de Quintiliano o considerar que se limitó a reproducir los ciceronianos.

## LOS PLANTEAMIENTOS EDUCATIVOS DE QUINTILIANO

Una vez saldada la cuenta con Cicerón, es momento de profundizar en el pensamiento de Quintiliano, al que algunos autores contemporáneos consideran el funda-

61. Fabroschi, A., *Curso Historia General de la Educación*. Recurso accesible en Internet a través del siguiente enlace: <http://ideasapiens.blogspot.com/filosofia.sxx/feducacion/humanitas%20romana.htm>.

62. Recuérdese que en el proyecto reformista de Vespasiano el término *humanitas* se asimilaba al de romanización. Sobre la concepción de la *humanitas* en Quintiliano, Capitán Díaz, A., 1991, p.39, declara que es Quintiliano quien sentó los principios de la *humanitas* como ideal del hombre educado, y que el planteamiento de la *humanitas* como educación integral de la persona constituye su más grande aportación a la historia de la pedagogía.

63. Se han realizado numerosos estudios respecto a las semejanzas y diferencias entre el pensamiento del orador hispano y el de Cicerón. Por ejemplo, es interesante la consulta de Alberte A., 1983.

64. Prueba de ello son las numerosísimas citas de Cicerón presentes en la *Institutio Oratoria*, de las que una amplia mayoría resultan alabanzas para el arpinate, a quien Quintiliano considera “modelo supremo”.

65. Pensamiento tanto que desarrolla a lo largo del primer capítulo del libro XII.

66. Quint., *Inst.* (XII, ii.).

67. Quintiliano afirma en el proemio del Libro XII que pretende tratar algo nuevo; ir más lejos incluso que Marco Tulio, estableciendo las costumbres del orador y determinado sus obligaciones.

dor de la pedagogía<sup>68</sup>. El propio calagurritano describe abundantemente en su obra sus principios y técnicas educativas<sup>69</sup>. Sus métodos se basan fundamentalmente en el trabajo y en la práctica, pues sólo a través de ellos pueden alcanzarse las altas aspiraciones que se propuso. Una de las características fundamentales de sus planteamientos es la adaptabilidad. En su pensamiento no existen los métodos educativos lineales, estrictos o inflexibles, sino que son las circunstancias particulares las que dictan al buen maestro la forma correcta de enseñar. Por ello, Quintiliano renuncia a los preceptos rígidos y trata de abandonar los principios universales o absolutos<sup>70</sup>. Es constante su insistencia en la necesidad de tener muchas referencias y tomar lo mejor de cada una: “*es propio de un orador hacer suyo, si puede, lo que es óptimo en cada uno de los modelos*”<sup>71</sup>. Rechaza cualquier dogmatismo estricto y aboga más bien por la capacidad de elección del individuo: “*para la formación de su vida ética elegirá las enseñanzas más dignas y el camino más recto hacia la virtud*”<sup>72</sup>. Quintiliano tiene fe en el progreso de la humanidad a través de la educación, por ello no duda en afirmar: “*¿Y no me atreveré a decir que en este tiempo eterno, que todavía resta, puede encontrarse algo más perfecto de lo que ha existido?*”<sup>73</sup> Su propio trabajo, la *Institutio Oratoria* es una aportación para conseguir ese futuro soñado, pero factible, que deseaba. El optimismo pedagógico es otra de las características fundamentales, al igual que su confianza en la educación como instrumento para hacer mejores a las personas, lo que ha de repercutir en el beneficio de todos. Otro aspecto agradable y quizá sorprendente para quien no conozca sus métodos pedagógicos es la utilización de muy diversos recursos para facilitar el aprendizaje. Por ejemplo, utiliza numerosas metáforas para que la lectura se haga más amena y que al mismo tiempo funcionan como método de aprendizaje por su vivacidad. Con el mismo objetivo emplea ejemplos históricos o concretos, de la vida cotidiana, las ciencias naturales, la mitología, etc. Quintiliano entiende la educación como un proceso que debe ser armónico y contar con la participación activa del maestro y del alumno, entre quienes debe de existir respeto y afecto.

Ahora bien, la tarea que se propuso no era sencilla. La principal dificultad estribaba en que en una época de relajación moral generalizada, muchas de las escuelas en Roma no conseguían mantener algo que se aproximase a propósitos semejantes<sup>74</sup>, por lo que se había generalizado el pensamiento de “*que la moral se había corrompido en las escuelas*”<sup>75</sup>. No todo era culpa de los alumnos, sino que incluso algunos maestros no

---

68. Dolç, M., 1972, 187: “porque al poner la educación como base de la instrucción y fundiendo ambas, echaba los cimientos de una ciencia nueva: la pedagogía”.

69. Exponer sistemáticamente el pensamiento educativo de Quintiliano es un proyecto que sobrepasa ampliamente los objetivos de este apartado, que simplemente pretende plantear algunas nociones fundamentales sobre la concepción de la educación de Quintiliano. Si se desea profundizar en ello, puede acudir a la bibliografía señalada en la nota número cinco. Igualmente, puede encontrarse un interesante resumen de los planteamientos educativos quintilianeos en Delgado, B., 1993, Vol. I: 106-126.

70. Cousin, J., 1967: 125 y 133.

71. Quint., *Inst.* (X, ii, 26).

72. Quint., *Inst.* (XII, ii, 27).

73. Quint., *Inst.* (XII, i, 21).

74. Bonner, S. F., 1984: 145.

75. Quint., *Inst.* (I, ii, 4).

estaban bien cualificados ni desarrollaban correctamente su oficio. El propio Quintiliano realiza una dura crítica hacia ellos: *“hay una primera culpa en los maestros, que de buen grado retienen a los alumnos, a quienes tienen como secuestrados, en parte por la codicia de sacarles unos menguados honorarios durante el mayor tiempo posible [...] en parte también por ignorancia o falta de atención a la enseñanza”*<sup>76</sup>.

Las citas sobre las difíciles condiciones en que se encontraba la enseñanza son muy numerosas, por lo que debe entenderse que existía un grave problema en la educación de la época<sup>77</sup>. Por esta razón el orador calagurritano encontraba necesario subrayar la importancia de encontrar buenos maestros y también mostrar las virtudes de la correcta educación escolar. Pero tampoco toda la culpa era de los profesores. Los propios padres podían ejercer una influencia negativa, por lo que Quintiliano se queja *“del deleite sin sentido de padres ignorantes”*<sup>78</sup>. El calagurritano defiende la educación en la escuela frente a la particular en el domicilio, porque piensa que no es en las aulas donde los alumnos adquieren sus defectos, sino en el propio hogar familiar, en el que las costumbres de los niños empeoraban desde muy temprano: *“¡Ojalá no corrompiéramos nosotros, en nuestra propia persona, las costumbres de nuestros hijos! Desde muy pronto desarreglamos la infancia con nuestras glosinas”*<sup>79</sup>.

Como respuesta a los problemas y dificultades que atravesaba la educación de su época, el orador hispano mostró su opinión acerca del modo correcto de dirigir una escuela. Su primera indicación era que el maestro fuese un hombre de bien. Para formar a sus alumnos, debía convertirse en ejemplo de virtud, honradez y honestidad, y realizar su trabajo con la máxima dedicación, esfuerzo y bondad. *El preceptor debe de ser ante todo, amable*<sup>80</sup>. Hay que señalar que, aunque sus planteamientos puedan parecer inalcanzables, Quintiliano trató ante todo de ser realista en su programa; tras su larga experiencia como docente conocía muy bien las posibilidades de la educación, en la que tenía una confianza prácticamente ilimitada. Conocía también perfectamente la diversidad de los alumnos, y es a esta diversidad a la que debía adaptarse la forma de educar, *“igual que un caminante veloz que va de la mano con otro más lento”*<sup>81</sup>. Finalmente desvela su pensamiento sobre el fin último de la educación, enseñar a los jóvenes a pensar por sí mismos: *“¿por qué otra razón enseñamos a nuestros alumnos, si no es para que algún día dejen de necesitar ser enseñados?”*<sup>82</sup>. Ya que sólo de esta forma se puede aprender a crecer como personas y a ser libres, lo que relata tomando una preciosa metáfora de la naturaleza: *“Algo parecido vemos que hacen las aves que reparten los alimentos recogidos con su pico entre las crías tiernas e indefensas, pero, cuando ya han crecido, las dejan salir fuera de los nidos y les enseñan a volar alrededor, después, cuando ya han probado sus fuerzas, las entregan al cielo libre y dejan que confíen en sí mismas”*<sup>83</sup>.

76. Quint., *Inst.* (XII, xi, 14).

77. L. Sén., *Epp.*, 88, 2; Juv., X, 224; Marc., VII, 62; Suet., *De Gramm.*, 23.

78. Quint., *Inst.* (X, v, 21).

79. Quint., *Inst.* (I, ii, 6.).

80. Quint., *Inst.* (II, iv, 12.).

81. Quint., *Inst.* (II, iii, 7).

82. Quint., *Inst.* (II, v, 13).

83. Quint., *Inst.* (II, vi, 7).

Para concluir este apartado, podemos argumentar que el pensamiento educativo de Quintiliano es interesante no sólo por sus procedimientos prácticos, sino también y sobre todo por sus elevados ideales. G. Kennedy le definió como un hombre paciente, moderado, razonable, dedicado a la buena enseñanza y el pensamiento claro<sup>84</sup> y afirmó que su influencia en la educación se orienta hacia hacerla más humana, más moral, más práctica, más profunda y más amplia<sup>85</sup>. Un pensamiento similar propone María Gloria Guillén quien entiende que dentro del esquema clásico en su estructura, método y finalidad, el sentido de la enseñanza camina en Quintiliano hacia un contenido humanista diferente de lo puramente clásico<sup>86</sup>. Por su parte, Emilio del Río desea que hubiera hoy muchos educadores como Quintiliano, que no renuncian en su programa educativo a unos ideales en cuya difusión está la base para la mejora de la sociedad en la que vivimos<sup>87</sup>.

## EL CIUDADANO EN LA ESCENA POLÍTICA

Para comprender plenamente a Quintiliano, debe reiterarse la idea de que el perfeccionamiento de la persona mediante la educación al que aspira, al que acabamos de referirnos, no se orienta hacia una vía meramente individualista, sino que se dirige hacia la utilidad del colectivo, al servicio del bien común. Como se ha visto, su modelo ideal es el del ciudadano romano sabio dedicado al gobierno y a la vida pública, porque la participación ciudadana era una tarea hermosísima y necesaria para todo varón honorable<sup>88</sup>. El propio Quintiliano participó de este ideal en el foro y en la escuela mediante su dedicación a la retórica y a la docencia. Su concepción de la elocuencia así lo testimonia: debe servir siempre a la comunidad. Es impensable su ejercicio sin asumir la responsabilidad ética correspondiente, ya que dado el poder de la oratoria, nada hay más dañino que ella si es utilizada para malos fines: *“lo más importante y lo de mayor grandeza es precisamente ser un hombre honrado [...] si la fuerza de la palabra hubiere llegado a pertrechar al orador para su mal empleo, ninguna cosa habría más pernicioso para los intereses de la comunidad”*<sup>89</sup>. Esta opinión nos muestra un rasgo muy interesante de su pensamiento: la elocuencia depende de sus fines para ser digna y perfecta, pues utilizada para el engaño o el beneficio propio se convierte en algo negativo y aborrecible.

Anteriormente vimos que la figura del orador tenía sitio en su época en los ámbitos político y jurídico. De esta forma, ejerciendo la labor judicial, podía cumplir una de sus funciones principales, aunque no participase en el gobierno. Los rétores debían ser ejemplos de virtud y garantes de la justicia y con esta tarea contribuirían a la mejora de la sociedad. Por ejemplo, no permitiendo que queden impunes los criminales *“con el objeto de que se eliminen los vicios y las costumbres mejoren”*<sup>90</sup>. Pero donde

---

84. Kennedy G., 1969: introducción.

85. Kennedy, G., 1969: 53.

86. Guillén Pérez, M.G., 1984: 309.

87. Del Río, E., 1997: 166.

88. Quint., *Inst.* (XII, xi, 1).

89. Quint., *Inst.* (XII, 1,1).

90. Quint., *Inst.* (XII, vii, 2).

el orador ideal realmente alcanza la cumbre de su ejercicio, es en el ámbito en el que más puede contribuir al beneficio de su comunidad: *“Este orador ideal se dedicará también a otros asuntos, pero resplandecerá con más brillo en los de más envergadura, esto es, cuando sea llamado a dirigir las deliberaciones del senado y a desviar al pueblo de la senda del error hacia mejores vías”*<sup>91</sup>. Porque *“el hombre que pueda desempeñarse verdaderamente como ciudadano, capaz de administrar los asuntos públicos y privados, que pueda regir con sus consejos las ciudades, afirmarlas con las leyes, reformarlas con sus decisiones en los juicios, seguramente no será otro que el orador”*<sup>92</sup>.

Finalmente hay que recordar que en el tiempo de Quintiliano, el estudio de la elocuencia estaba destinado mayoritariamente a los miembros de las clases altas de la sociedad, los futuros representantes de la vida pública. Por lo tanto, el cariz “humanista” del que dotó a su pedagogía no disminuye su valor político, que tiende a inculcar una forma específica de comportamiento que encajaba a la perfección con los planteamientos de los emperadores Flavios.

## LA EDUCACIÓN MORAL DEL CIUDADANO ROMANO

La función social de la retórica quintiliana era la de formar individuos capaces de gobernar las ciudades. Por tanto, su trabajo no se limitaba a enseñar el arte de hablar, sino que había algo más importante para Quintiliano: *“si su conocimiento no aportare a los jóvenes que las estudien gran utilidad práctica, mas sí ciertamente aquello que más nos importa: la voluntad de dirigirse hacia el Bien”*<sup>93</sup>. Estas son las palabras que acaban su obra, y con ellas deja claro que siempre sitúa a la ética por encima de la técnica.

Según su ideal, el objetivo indispensable de toda labor educativa debe ser el provecho de la juventud<sup>94</sup>. Para este fin consideraba necesario procurar que los jóvenes reciban a un buen maestro lo más pronto posible, ya que si no cuentan con buenos educadores desde el principio puede suceder que *“los jóvenes se hagan tempranamente de mente raquíica”*<sup>95</sup>. Esta afirmación es otra muestra de su confianza en las posibilidades de las personas, y su vulnerabilidad ante las influencias, positivas o perniciosas. Tal convicción le lleva a preocuparse por un bien común en el que debe implicarse toda la sociedad. Es obligación de cada uno sus miembros no desperdiciar el talento de los jóvenes, ya que hacerlo determina un perjuicio para el conjunto.

De esta manera, lo que se propuso Quintiliano en su *Institutio Oratoria* fue realizar un programa coherente de formación retórica sobre una fuerte base moral, con miras a educar a una ciudadanía culta y responsable<sup>96</sup>. Esta idea refleja una fundamental adecuación a su tiempo. El orador hispano no fue paradójicamente un hom-

91. Quint., *Inst.* (XII, i, 26).

92. Quint., *Inst.* (I, proem., 10).

93. Quint., *Inst.* (XII, xi, 31).

94. De la que se convirtió en “guía supremo” según Lomas, J., 1990: 75.

95. Quint., *Inst.* (II, iv, 9).

96. Murphy, J.J., 1986: 365.

bre de palabras, sino de acciones. Entendiendo los límites y las necesidades de su propia época prefirió ponerse de parte del poder, confiando en colaborar participando desde él, y mediante la educación, en el desarrollo de las medidas necesarias para avanzar hacia una sociedad mejor en el futuro. Sus motivaciones no se detuvieron únicamente en factores profesionales, sino que se enredaron y confundieron con planteamientos éticos y sociales de mayor importancia.

Después de las trágicas muertes de sus hijos, a quienes pensaba dedicar su obra, Quintiliano ya no escribe para sí mismo, sino con un interés general: *“todo este esfuerzo mira a las muchas utilidades de los otros, si es que hay alguna utilidad en dejarlo escrito”*<sup>97</sup>. La finalidad de su obra es el provecho de la juventud y el beneficio del estado, puesto que el emperador puede utilizar la sabiduría de los oradores tomándolos como consejeros, lo que redundará en el bien común: *“Sepan los jóvenes que estas palabras están escritas en su provecho [...] cuando comenzaren a ser llamados a las deliberaciones de los amigos, a exponer su opinión en el Senado y a dar su consejo si el príncipe hace alguna consulta”*<sup>98</sup>.

El maestro de Calagurris tenía en mente la aspiración de formar un ser humano íntegro y en una declaración muy interesante llega a renegar incluso del utilitarismo o rol práctico del conocimiento: *“ni siquiera deseo tener como lector de mi obra a quien vaya a calcular qué le reportarán sus estudios”*<sup>99</sup>. Estas palabras resultan muy importantes porque hacen referencia al contexto educativo anteriormente expuesto. Recordemos que en su tiempo, los estudios retóricos tenían una clara orientación práctica para lograr la preeminencia social. Esto no agradaba a Quintiliano, que pensaba que el fruto verdadero y valioso del esfuerzo no era otro que poner al servicio de la utilidad general la propia reflexión y sabiduría.

A modo de conclusión, podemos afirmar que en una época como la suya, necesitada de cambios en el terreno moral, la *Institutio Oratoria* se constituyó como un importante referente vital y formativo. Quintiliano sabía que su obra podía servir para educar a los futuros ciudadanos y gobernantes de Roma, y escribió para hacerlos partícipes de un ideal ético tradicional, basado en el optimismo, la virtud, la confianza en la educación y en las personas, y el deseo permanente de alcanzar el bien común. Esta fue su aportación para resolver las carencias éticas que encontró en su tiempo.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBALADEJO, T. / DEL RÍO, E. / CABALLERO, J. A. (eds.) 1998: *Quintiliano y la actualidad de la retórica: XIX Centenario de la Institutio Oratoria* 1995, Logroño y Calahorra.
- ALBERTE, A., 1983: “Cicerón y Quintiliano ante la retórica: distintas actitudes adoptadas”: *Helmántica* 34, 103-105, 249-266.
- ALFIERI, V. A., 1964: “La pedagogia di Quintiliano”: *Athenaeum*, 42, 400-415.
- BIANCA, G., 1963: *La pedagogia di Quintiliano*, Padova.

97. Quint., *Inst.* (VI, proemio, 16).

98. Quint., *Inst.* (III, viii, 70).

99. Quint., *Inst.* (I, xii, 17).

- BONNER, S. F., 1984: *La educación en la Roma antigua*, Barcelona.
- DELGADO, B., (Coord.) 1993: *Historia de la educación en España y América*, Madrid. Vol. I.
- CABALLOS RUFINO A., 1988: "Los miembros del senado de época de Vespasiano originarios de la provincia Hispania Ulterior Baética": *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba, v. 2, 7-24.
- CAPITÁN DÍAZ, A., 1991: *Historia de la educación en España*. Madrid. Vol.I.
- CHAMPLIN, E., 2006: *Nerón*. Madrid.
- COUSIN, J., 1967: *Études sur Quintilien. Contribution a la recherche des sources de l'Institution Oratoire*, Ámsterdam.
- COUSIN, J., 1975: *Recherches sur Quintilien*, Paris.
- D'ELIA, S. 1980: "Osservazioni su cultura e potere nell'età flavia", *Quaderni di Storia* 11.
- DOLÇ, M., 1972: "Posición crítica de Quintiliano": *Retorno a la Roma clásica*, Madrid.
- ESPINOSA RUIZ, U., 1984: *Calagurris Iulia*, Logroño.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, J., 2007: "Quintilian as Rhetorician and teacher": *A Companion to Roman Rhetoric*, 307-322. Oxford.
- FERNÁNDEZ URIEL, P. / PALOP, L., 2000: *Nerón, la imagen deformada*. Madrid.
- FRITZ, K. VON, 1949: "Ancient instruction in grammar according to Quintilian": *American Journal of Philology*, 70, 337-366.
- GIMÉNEZ, G., 2004: "Pluralidad y unidad de las ciencias sociales": *Estudios sociológicos* XXII.
- GUILLÉN PÉREZ, M. G., 1984: "La educación del hombre a la luz de la doctrina de Quintiliano": *Calahorra: bimilenario de su fundación*, 299-310.
- GWYNN, A., 1964: *Roman education: from Cicero to Quintilian*, New York.
- JONES, B. W., 1984: *The emperor Titus*, New York.
- JONES, B. W., 1992: *The emperor Domitian*. London, New York.
- KENNEDY, G. A., 1969: *Quintilian*, New York.
- KENNEDY, G. A. 1975: "The Present State of the Study of Ancient Rhetoric": *Classical Philology*, 70, 278-282.
- KENNEDY, G. A., 1994: *A New History of Classical Rhetoric*, Princeton.
- LEVICK, B., 1999: *Vespasian*, London.
- LOMAS SALMONTE, F. J., 1990: *Los Flavios*, Madrid.
- MEADOR, P. A., 1970: "Quintilian and the Good Orator": *Western Speech*, 162-169.
- MONTERO HERRERO, S., 1980: "Ideas pedagógicas de M. F. Quintiliano. La infancia": *Historia Antigua*, 9-10, p. 209-220.
- MONTERO HERRERO, S., 1980: "Quintiliano y la enseñanza pública": *Revista española de pedagogía*. V. 38, Nº 148, 91-94.
- MURISON, Ch. L., 1993: *Galba, Otho and Vitellius, careers and controversies*, New York.
- MURPHY, J. J., 1986: *La retórica en la Edad Media: historia de la teoría de la retórica desde San Agustín hasta el Renacimiento español*, México.
- ORTEGA CARMONA, A., 1997: *Sobre la formación del orador*; traducción y comentarios, Alfonso Ortega Carmona, Salamanca.

- RÍO SANZ, E. DEL, 1997: "Conciencia retórica y conciencia política: Quintiliano y el caso de la Roma antigua": *Retórica política e ideologías: desde la antigüedad a nuestros días. Actas del III Congreso Internacional de Salamanca, 1997, 3, 157-168.*
- RÍO SANZ, E. DEL / CABALLERO, J. A. / ALBADALEJO, T. (eds.) 1999: *Quintiliano y la formación del orador político*, Logroño, Calahorra.
- RYAN, J. P., 1929: "Quintilian's Message": *Quarterly Journal of Speech*, 15 ,173 ss.
- SMAIL, W. M., 1938: *Quintilian on education*, Oxford.
- SOUTHERN, P., 1997: *Domitian: tragic tyrant*, London.